

## Política como consuelo

**Diana Aurenque**  
Filósofa, Universidad de Santiago de Chile



**D**esde hace dos semanas, cuando falleció mi papá, he oído constantemente la palabra “condolencias”. Una palabra que para mí antes era cortesía. Hoy pienso distinto. Ella dice que a causa de un dolor tan grande se activa una comunidad amorosa. No es empatía, no es solo sentir con el otro, sino sentir un dolor ajeno como propio; el dolor del otro como un padecer íntimo capaz de trascender al individuo, sacar al deudo de su pérdida personal, y sentirla compartida por sus con-dolientes. Las diferencias que nos separan se esfuman ante el gran dolor que trae la muerte de un padre o madre y que, por únicos que sean sus protagonistas, nos vuelve a todos iguales; todos hijos/as sufriendo, fraternos en y por la pérdida de un progenitor amado. Hay que corregir a Heidegger: la muerte no nos singulariza, también nos colectiviza. Pues pese a que solo hubo un Amadeo Aurenque y una Diana Aurenque, en mi dolor se repite ese mismo dolor infinitamente compartido, por toda hija/o que pierde o ha perdido a un padre amado.

Ese sentir dolor entre muchos nos permite romper el ego y volvernos un “gran nosotros”; el dolor particular y personal, desgarrador como es, se trasmuta en fraternidad y hermandad, o sea, en amor. Entendí que el dolor transmutado es seguramente el fundamento afectivo primordial de toda comunidad auténtica; eje de lo político. No son los idearios los que nos congregan políticamente, sino los dolores que nos fraternizan. Habría entonces que empezar a indagar más en los dolores que fecundan lo político para comprender mejor a sus comunidades.

Lo intento: El comunismo, más que el materialismo dialéctico, quizás tuvo como eje común el dolor de la vida del campesinado pobre, del minero o del obrero sin derechos; el feminismo, el dolor de las mujeres obligadas a parir, criar o a abortar en silencio; el neoliberalismo, el dolor de perder la libertad y la propiedad por parte del Estado; Republicanos, el dolor de no poder sentir orgullo por la patria y las tradiciones, etc. Habría pues que repensar también a Marx. Y no es que la religión sea el “opio del pueblo”; más bien me parece ahora que la política es la gran medicina para el dolor individual en clave universalista. Las religiones y las ideologías intentan dar consuelo al individuo con narrativas colectivas, y son por ello profundamente políticas.

No obstante, la política hoy, entre tanto cálculo técnico y estratégico, en vez de consolar solo administra el poder. ¿Será por ello que toca cada vez menos corazones? ¿Porque en vez de cultivarse desde los afectos que nos fraternizan, el amor y el dolor, se incendia con emociones reactivas como la ira, el resentimiento o el miedo? ¿Podrá haber una política laica y plural capaz de reconectar con el dolor primordial que nos transforma de individuos a integrantes de una comunidad de dolientes? ¿Podrá haber una política real que se nutra de fraternos cósmicos y no de la puga terrenal entre amigos y enemigos? ¿Una política del consuelo?